

calles, bodegones, cafés y vinoterías, porque no puedo llamar conversación á su discurso sino una tentativa para imitarla. Por esta razón colocaré á toda esta gente entre las matracas, castañetas y otros instrumentos estrépitosos de madera.

El lector indudablemente observará que sólo me he ocupado de instrumentos varoniles, habiendo reservado mi concierto femenino para otra ocasión; pero si deseara saber en dónde podrá encontrar todos estos diversos caracteres, podré indicarle una reunión de Tambores y otra de Gaitas. Las Arpas suelen reunirse en las márgenes de algún riachuelo cristalino, en el retiro de algún bosque sombrío, y en los prados floridos, que por igual motivo son muy frecuentados por las Bocinas. Los Violones abundan en los cafés y los billares, tomando ponche y fumando cigarros; los Violines frecuentan los paseos y las neverías, y los Trompetes nunca dejan de asistir á los teatros.

Para retirar alguna utilidad del discurso anterior, recomendaré á los lectores que observen bien sus palabras y acciones, y al separarse de alguna sociedad examinen seriamente si se han conducido como un Tambor ó una Trompeta; un Violín ó un Violón, y en consecuencia procuren enmendarse adoptando otra música. En cuanto á mi confieso que fui un Tambor durante algunos años, hasta que habiéndome pulido en la buena compañía adopté en mi conversación toda la suavidad que me fué posible.

Concluiré este ensayo con una carta que recibí anoche de un amigo mío, que conoce muy bien mis nociones sobre este particular y me invita á pasar la prima noche en su casa con un selecto número de amigos, en los siguientes términos:

QUERIDO AMIGO,

Me propongo tener esta noche un concierto en mi casa habiendo tenido la rara fortuna de conseguir un Piano que estoy seguro te procurará momentos muy agradables. Habrá también dos Arpas y una Trompeta; te suplico te temples tú mismo, y no dudes del afecto que te profesa tu amigo. — *N. Zumbo.*

NECESIDAD Y PELIGRO DE ESCUDRIÑAR EL PORVENIR.

(Versión del inglés de Johnson.)

Se ha dicho con frecuencia que el alma del hombre nunca se satisface con los objetos inmediatos, sino que siempre abandona el momento presente, se pierde en proyectos de felicidad futura, y olvida el conveniente empleo de los momentos actuales para prepararse á gozar de otros que quizá jamás le serán concedidos; y como esta conducta abre ancho camino á la burla de los hombres alegres y á la declamación de los serios, ha sido ridiculizada con toda la agudeza del ingenio, y exagerada con todas las ampliaciones de la retórica. Todos los casos en que su ridiculez aparece más palpable, se han reunido cuidadosamente; ha sido marcada con todos los epítetos de desprecio, y no hay tropo ni figura que no se haya empleado para combatirla.

Ejercemos con gusto la censura, porque es cosa que siempre implica superioridad; los hombres se deleitan imaginándose que sus pesquisas han ido más lejos que las de los otros, que sus averiguaciones han sido mayores, y que han descubierto faltas y locuras que se escapan á las observaciones del vulgo. Por otra parte, la ocupación de solazarse con lugares comunes es tan seductora para el que escribe, que no le es fácil abandonarla: una serie de sentimientos generalmente recibidos le procura brillar sin trabajo, y vencer sin batalla. Causa tanto placer reirse de la locura del hombre que sólo vive en idea, que se niega alivios inmediatos por placeres distantes y que en vez de disfrutar de las comodidades de la vida, deja que ésta se oscurea en preparaciones para gozarlas; se presentan tantas oportunidades para triunfar alegremente ejemplificando la incertidumbre de la condición humana, despertando á los mortales de su sueño, é informándolos de la silenciosa celeridad del tiempo, que podemos creer que los autores gustan más de transmitir que de examinar tan ventajoso principio, y que quieren más bien recorrer este sendero llano y florido, que considerar atentamente si conduce á la verdad.

La propiedad de escudriñar el porvenir parece ser la condición inevitable de un ser cuyas mociones son graduales, y cuya

vida es progresiva (a) : como sus facultades son limitadas, necesita emplear medios para el logro de sus fines, y meditar primero lo que alcanza después; avanzando sin cesar en años, cambia continuamente el horizonte de sus miras, y siempre descubre nuevos estímulos de acción, nuevos motivos de temor y nuevos alientos de deseo.

Una vez alcanzado el fin que ahora llama todos nuestros esfuerzos, hallaremos que sólo es uno de los medios para lograr otro fin más remoto. Los vuelos naturales del alma humana no son de placer á placer, sino de esperanza á esperanza.

El que se encamina á cierto punto, tiene que dirigir con frecuencia la vista al lugar á donde quiere llegar : el que emprende un trabajo laborioso alivia su cansancio contemplando la esperada recompensa. En la agricultura, que es uno de los ejercicios más simples y necesarios, ningún labrador remueve la tierra sino porque espera la cosecha; cosecha que la escarcha puede frustrar, que la inundación puede llevarse, ó que la muerte ó cualquiera otra calamidad le puede impedir recogerla.

Con todo, como pocas máximas se reciben generalmente ó se retienen largo tiempo, sin que sean en algo conformes con la verdad y la naturaleza, debe confesarse que el consejo de no ocuparnos demasiado de los bienes remotos, no deja de ser conveniente y útil, aunque quizá haya sido dado con mucha ligereza ó demostrado con muy poca distinción, porque, sin hablar de aquel vehemente deseo que nos compele á satisfacerlo á todo trance, ó de aquella ansiosa inquietud que es con justicia imputable de desconfianza contra el cielo, asuntos muy solemnes para mi actual intento, frecuentemente acontece que, abrigando temprano los transportes de algún fin, olvidamos las medidas necesarias para lograrlo, y permitimos que la imaginación goce en sueño

(a) En asunto tan grave, Horacio se expresa de esta manera :

Prudens futuri temporis exitum  
Calliginosa nocte premit Deus :  
Ridetque, si mortalis ultra  
Fas trepida.  
Cubre con denso velo  
Proíbido un dios el porvenir sombrío  
Al humano anhelo,  
Y de su desear hírlase impío :  
Moderado y prudente  
Cuida pues de gozar de lo presente.

Tr.

de algún bien posible, hasta que se desliza el tiempo de obtenerlo.

Se emprenderían, sin embargo, pocas cosas arduas ó arriesgadas, si careciésemos de la facultad de exagerarnos las ventajas que de ellas esperamos. Cuando el caballero de la Mancha refiere gravemente á su compañero las aventuras que han de distinguirle hasta el punto de ser requerido para sostener los imperios; las instancias que han de hacérsele para que acepte la mano de la heredera de la corona que ha preservado; los honores y riquezas que ha de poder derramar, y el valor de aquella isla que reserva para su fiel escudero, pocos lectores, en medio de su risa ó su lástima, negarán que no han acogido visiones de igual especie, aunque quizá no hayan esperado acontecimientos tan extraños, ó por lo menos tan inadecuados. Cuando compadecemos al héroe, reflexionamos en el malogro de nuestras propias miras; y cuando reímos, sentimos interiormente que no somos menos ridículos, salvo que él dice lo que nosotros solamente pensamos.

El entendimiento de un hombre naturalmente sanguíneo, puede en verdad viciarse con la exuberante indulgencia de la esperanza necesaria para la producción de todo lo que es grande ó excelente, como algunas plantas se destruyen por estar expuestas al sol que vivifica y hermosa al mundo vegetal.

Quizá nadie debe tomar más precauciones contra esta dicha anticipada que los que aspiran á la fama de escritores. Apenas un hombre de viva imaginación ha concebido alguna idea, cuando la manda imprimir y observa si ha gustado. Si halla algunas pequeñas lisonjas, hunde su imaginación en las edades futuras y pronostica los honores que se le pagarán cuando ni la envidia ni las facciones existan, y cuando aquellos que con tanta parcialidad le obscurecen ahora, hayan dejado el lugar á otros escritores medianos de tan corta duración como ellos mismos.

El que ha llegado al punto extremo de apelar al tribunal del porvenir, no se cura fácilmente de su infatuación; pero deben hacerse los mayores esfuerzos para prevenir una enfermedad que si cobra incremento, no hallará quizá remedio alguno en los jardines de la filosofía, bien que ésta se alabe de sus específicos para el alma, de sus catárticos contra el vicio, y de sus lenitivos contra la pasión.

Mientras apenas aparecen en mí los síntomas de la enfermedad de los escritores, trataré pues, de garantizar del contagio; no sin alguna débil esperanza de que mis preservativos sean también benéficos á aquellos que se exponen á los mismos peligros.

Es aviso muy prudente de Epicteto, que el hombre se acostumbre á pensar muchas veces en lo más terrible y horroroso, á fin de que sus reflexiones le preserven de deseos muy vivos por bienes aparentes, y de mucho abatimiento en los males efectivos.

El baldón, el odio, la oposición, son para un autor cosas suaves comparadas al desprecio que más teme; y todo el que se atreve á escribir tiene razón de temer tan calamitosa, tan obscura suerte.

Para el que aparece por primera vez en la república literaria, no puede ser dañoso desconfiar de sus propias fuerzas hasta el punto de creer posible que sus producciones merezcan desprecio; que la naturaleza puede no haberle favorecido con extensas cualidades para aumentar ó embellecer la ciencia, ni dotándolo con suficiente ó indisputable superioridad para regir la conducta de sus semejantes; que aunque se conceda que el mundo se halla aún en la ignorancia, no le cupo á él la suerte de disipar la nube, ni brillar como una de las antorchas de la vida. El catálogo de cualquiera librería le procurará suficiente razón para entrar en esta desconfianza, porque lo encontrará lleno de nombres de escritores que, aunque olvidados ahora, fueron en su tiempo no menos emprendedores y confiados que él mismo, igualmente contentos de sus propias producciones, igualmente acariciados de sus patrones y adulados de sus amigos.

Pero puede muy bien suceder que un autor sea capaz de producir cosas excelentes, sin que el mundo haga caso de su mérito, por confundirse en la general miscelánea de negocios y cosas de la vida. El que intenta alcanzar la fama con sus escritos, solicita la atención de una multitud engolfada en los placeres ó en los negocios, sin tiempo para diversiones intelectuales: apela á jueces preocupados con pasiones, ó seducidos por errores, que los inhabilitan para aprobar ninguna obra nueva. Algunos son muy indolentes para leerla antes que su reputación no se haya establecido, y otros muy envidiosos para promover aquella fama, cuyo aumento les da pena. Lo que es nuevo halla oposición, porque no se considera suficientemente que los hombres necesitan más á menudo recuerdos que instrucción. Los literatos no manifiestan de luego á luego su parecer, por temor de aventurar su crédito; los ignorantes siempre se imaginan que dan pruebas de delicadeza cuando rehusan el placer con que se les brinda; y el que en medio de tantos obstáculos logra alcanzar la reputación, debe atribuirlo á otras causas además de su industria, de su erudición ó de su genio.

## LOS JARDINES DE LA ESPERANZA.

SUEÑO ALEGÓRICO.

(Versión del inglés de Johnson.)

La esperanza es uno de los sentimientos con que más nos complace. Los efectos de otras pasiones son momentáneos, y sólo obran en ciertas circunstancias; pero la esperanza nace en el corazón del hombre desde el momento en que éste puede comparar su estado actual con otro que le parece preferible; le acompaña en todo tiempo y lugar; inflama sus deseos con la perspectiva de ventajas actualmente fuera de su alcance, y le promete, ó el fin de los males que sufre, ó los goces de que dolorosamente se ve privado.

La esperanza es por sí misma un bien necesario á todas las condiciones. Sin ella los tormentos de la pobreza, los dolores de la enfermedad, las incomodidades de la prisión, serían insoportables. Por otra parte, creo que la situación más afortunada no podría pasarse de su socorro. Todos los beneficios que la naturaleza ó la fortuna pueden acumular en un individuo, no dejarían de hacerle todavía desgraciado, si no los aumentase y excitase la perspectiva de alguna nueva adquisición, ó de algún goce no experimentado, que se considera propio para satisfacer plenamente los deseos y llenar toda la capacidad del corazón.

Cierto es que la esperanza engaña completamente muy á menudo, y que en todo caso rara vez cumple todo lo que ofrece; pero sus solas promesas son más preciosas que la realidad, porque desde el momento que nos engaña, no deja de asegurarnos positivamente que algún día seremos resarcidos ampliamente del contratiempo que experimentamos.

Meditaba yo sobre esta extraña inclinación que tienen todos los hombres á engañarse, y consideraba las ventajas y los inconvenientes que nacen en lo futuro, de esta ciega confianza, cuando me quedé dormido, y me creí conducido á un Jardín, cuyos límites no podía yo descubrir. Los rayos moderados del sol iluminaban los objetos: el aire estaba embalsamado con los perfumes de las flores que entapizaban el verde césped, á la vez que en los bosques vecinos las aves en bandadas, entonaban su melodía. Luego que calmaron algo los primeros transportes que excitaron en mi alma

las deliciosas escenas de aquella región, comencé á examinarlas atentamente, y no tardé en notar que lo que me rodeaba era poco en comparación de lo que veía más lejos, y que á cierta distancia las flores eran aún más bellas, las fuentes más cristalinas, los árboles más majestuosos, á cuya sombra las aves, en mayor número, celebraban sus amores entonando conciertos deliciosísimos. Los arbustos que me rodeaban se veían revestidos de un follaje cuya belleza sólo cedía á la de sus flores odoríferas; pero no pude resistir á la tentación de abandonarlos por otros más distantes que parecían doblarse al peso de sus maduros y abundantes frutos que me invitaban á que los cortase. Me adelanté precipitadamente, pero, ¡cosa extraña! á medida que me acercaba, la verdura se ponía seca, los frutos caían antes que mi mano hubiese podido alcanzarlos, las aves huían de los ramos, y siempre tenía yo ante los ojos objetos bellísimos de que no podía apoderarme, y que, á pesar de toda mi diligencia, parecían alejarse al paso que yo me acercaba (a).

Aunque confundido con esta alternativa de sentimiento y alegría, tomé sin embargo, la resolución de ir adelante, imaginándome que al fin podría yo alcanzar aquellas deliciosas sombras. Distinguí á cierta distancia una multitud innumerable de ambos sexos, que parecían regocijarse con algún afortunado acontecimiento. La confianza se veía retratada en todos los semblantes, y el anhelo brillaba en todos los ojos. Por otra parte, cada uno parecía gozar de una dicha particular y secreta, porque muy pocos comunicaban sus intenciones á los demás, ó tomaban interés en los proyectos ajenos. El mayor número, según pude juzgar por la rapidez de sus movimientos, parecían muy ocupados, y esto no me daba lugar á esperar que me informasen de la causa de su agitación. Los contemplé pues silenciosamente sin atreverme á importunarlos con mis preguntas. Al fin descubrí un viejo, que apenas

(a) Al verter este pasaje nos viene á la memoria este otro de Calderón de la Barca en una de sus comedias:

..... es la esperanza  
Luz, que de noche se ofrece,  
Y desde lejos parece  
Que á cada paso se alcanza;  
Cuando engañado de vella  
Aquel que la va buscando,  
Piensa que se va ausentando  
Ó que se va huyendo de ella.

Tr.

se sostenía, y que se distinguía entre la multitud por la vivacidad de sus movimientos. Creyendo que tal vez tendría más tiempo que los otros me arriesgué á dirigirle la palabra; pero me volvió la espalda lleno de mal humor, y echándose en cara que lo había perturbado en el momento mismo que esperaba ver á Mercurio privado de sus alas, y por consecuencia, la esclavitud, que sólo había sido introducida en la tierra por la necesidad de cavar minas para sacar un oro vil, abolida para siempre.

Me separé muy pronto de este viejo y me dirigí á otra persona, cuyo exterior, fácil y gracioso, me prometía una acogida más favorable; pero me dijo, haciéndome una profunda reverencia, que tendría mucho gusto en serme útil y que muy pronto hallaría ocasión de contentarme, porque se le iba á conceder un empleo que había solicitado durante veinte años. Necesario me fué acudir á otro, que no quiso escucharme, porque no podía perder un solo instante para ir á recoger la sucesión de un tío que estaba para dar el último suspiro. Otro se hallaba absorto con un descubrimiento que debía labrar su fortuna. Otro en fin, estaba para encontrar la longitud y la cuadratura del círculo.

Rechazado por todos de esta manera, resolví no hacer más preguntas y contentarme con mis observaciones; pero viendo un joven que parecía ocioso y alegre, hice una nueva tentativa, y supe en fin que me encontraba en el jardín de la Esperanza, hija del Deseo, y que todos aquellos que yo veía, llenos de agitación, excitados por las promesas de aquella diosa, hacían todos sus esfuerzos para apoderarse de los dones que tenía ella en la mano.

Levanté los ojos y vi en efecto una divinidad con todo el fresco y brillo de la juventud, sentada sobre un trono magnífico. En derredor se veían esparcidos todos los dones de la fortuna; todas las ventajas estimadas por los hombres, se hallaban sobre su cabeza expuestas á vista de todo el mundo. Su aspecto era seductor y cada uno de los que la contemplaban se imaginaba que su sonrisa, que era la misma para todos, era para él solo, y triunfaba de su superioridad sobre los otros, los cuales habían concebido la misma confianza, nacida del mismo error.

Subí entonces á una eminencia desde donde podía yo descubrir todo el jardín y examinar, con más sosiego, la marcha de la multitud. Distinguí desde aquella altura que el jardín de la Esperanza tenía dos entradas opuestas, una guardada por la Razón, y la otra por la Imaginación. La Razón parecía severa y escrupulosa, y nunca abría la puerta confiada á su cuidado, sino después

de haber tomado informes positivos, y aun á pesar de eso vacilaba muchas veces; pero la Imaginación era una portera de lo más condescendiente, que abría á todos los que llamaban, de modo que esta entrada estaba siempre llena de personas que tenían las preguntas de la Razón, ó que habían sido rehusadas por ella.

Los que entraban por la puerta de la Razón, no podían llegar al trono de la Esperanza sino después de haber atravesado un terreno escabroso, resbaladizo, y sembrado de precipicios, llamado el « Estrecho de la dificultad », que todos los admitidos por la inflexible portera trataban de subir con la mayor pena. Antes de empeñarse en este terrible estrecho, la confianza brillaba en sus ojos y animaba sus esfuerzos, y la esperanza que les inspiraba un primer triunfo, redobla su valor; pero á pesar de todos sus esfuerzos y de todo su valor, no tardaban en encontrar en su camino obstáculos tan formidables, que les hacían concebir vivas inquietudes. Estorbos imprevistos se oponían á su marcha; frecuentes resbalones les hacían retrogradar, y la vista de los precipicios les inspiraba tal temor, que no se atrevían ir adelante. En una palabra, los peligros crecían en tanto grado, y las caídas de que eran testigos se repetían con tanta frecuencia, que casi todos preferían volver sobre sus pasos, ó se quedaban en la mitad del camino, consumidos de fatiga. El corto número de los que tenían bastante fuerza y valor para persistir, eran conducidos por la mano de la Perseverancia, hasta la cumbre en que se hallaba el trono de la Esperanza; pero era de notar que la mayor parte de los que obtenían los dones prometidos por la Diosa, sentían el trabajo que aquéllos les habían costado, y no gozaban de una dicha completa; á la vez que los que habían sido más moderados en su constancia, se retiraban tranquilos con sus dones, y eran luego conducidos por la Sabiduría á los bosques del Contento.

Volví después los ojos hacia la puerta que la Imaginación abría á todos los que llegaban, pero no pude descubrir por este lado ningún camino que pudiese conducir al trono de la Esperanza. Aunque la Diosa, desde la altura en que se hallaba, fuese vista de todo el mundo, con los dones en la mano en actitud de ofrecerlos, la montaña no presentaba sin embargo, ningún paso accesible; pero como por en medio de los matorrales de que se hallaban cubiertos sus flancos, y que ocultaban multitud de precipicios, se notaban sinuosidades que fácilmente se tomaban por senderos, ninguno quería creer que fuese imposible llegar á la cumbre; al contrario, todos se imaginaban haber descubierto un paso desco-

nocido á los otros. Desesperando al fin de poder llegar de esta manera, algunos ensayaban diversos expedientes. Se veían varios que se dejaban atar unas alas por algunos de sus amigos que en vano se esforzaban para ponerlas en movimiento: inútiles artificios que no podían producir resultados ningunos. Incapaces de sostenerse en el aire, caían á tierra al instante. No pudiendo acercarse al trono de la Diosa, se contentaban con fijar los ojos en ella, y reían á su vez de los vanos esfuerzos de los que caían de rostro en el estrecho de la Dificultad.

Una parte de los que habían entrado en el jardín de la Esperanza por la puerta de la Imaginación, en vez de trepar la montaña, cuya cumbre deseaban alcanzar, dirigían sus pasos hacia el valle de la Ociosidad, morada tranquila en donde nada los perturbaba, y desde donde podían contemplar á la Diosa, esperando verla bajar un día de la montaña para regularles sus preciosos dones. Estos haraganes excitaban la risa general; pero sin hacer caso del desprecio de que eran cubiertos, ni ser movidos por los consejos y repreensiones que se les prodigaban, persistían en su intento de esperar inertes los favores ardientemente codiciados por ellos.

Me dió gana de vagar entre estos ociosos, y los encontré prontos á responder á mis preguntas, y deseosos de comunicarme su alegría; pero al volver los ojos vi dos fantasmas espantosas que entraban en este valle, y reconocí que una era la Vejez y la otra la Pobreza. Á vista de ellas desapareció la Alegría; resonó un grito general de terror que me estremeció, y terminó mi sueño.

#### EL REPOSO Y EL TRABAJO.

ALGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

Bien sabido es que, en las primeras edades del mundo, cuando reinaba la immaculada inocencia y la natural simplicidad, el género humano gozaba, en el seno de la abundancia, una dicha inalterable, bajo la protección del Reposo, divinidad benigna, que no exigía de sus adoradores altares ni sacrificios, y á la que rendían culto permaneciendo recostados en tálamos de flores y tapices de

verdura, bajo la sombra de bosquecillos de mirto y de jazmín, ó bailando en las márgenes de los ríos que rebosaban leche y miel.

Bajo este pacífico gobierno, las primeras generaciones respiraban los perfumes de una eterna primavera; comían los frutos que, sin cultivo, caían maduros en sus manos, y dormían bajo enramadas arqueadas por la naturaleza, pobladas de ruiseñores, y en derredor otros animales saltando de contento. Pero gradualmente comenzaron los hombres á perder su primitiva fuerza, y cada uno, aunque hubiese abundantes frutos para todos, quiso apropiarse una parte superflua, y de aquí nació la violencia y el fraude, el robo y la rapiña. Poco después el orgullo y la envidia aparecieron en el mundo, é inventaron un nuevo modo de estimar las riquezas. Los hombres, que hasta entonces se habían considerado ricos, porque nada les faltaba, ambicionaron más frutos, no porque los necesitasen, sino porque otros poseían más que ellos, y comenzaron á considerarse pobres cuando vieron que las posesiones de su vecino eran más considerables que las suyas. De aquí resultó que un solo individuo fundaba su felicidad en ser más rico que otro, felicidad que era amargada por el temor de que alguno usase los mismos artificios de que él se había valido, para aventajar á los otros.

Bajo este régimen corrompido, el estado de la tierra se alteró: gran parte de ella, ó cesó de producir, ó sólo se cubrió de bellotas y plantas cimarronas. El verano y el otoño procuraban, es verdad, á los hombres un alimento grosero y despreciable; pero el invierno era enteramente estéril. El Hambre, con mil enfermedades que producía la inclemencia del aire, causaron terribles estragos entre los hombres, y se temió la total destrucción de la especie antes que se curase de sus males.

Para contener las desolaciones del Hambre, que llenaba el suelo de cadáveres, bajó el Trabajo sobre la tierra. El Trabajo era hijo de la Necesidad; su nodriza fué la Esperanza, y su preceptor el Arte; heredó la fuerza de su madre, el vigor de su nodriza, y la destreza de su preceptor. El viento había arrugado su semblante, y los ardores del sol ennegrecido su tez; tenía en una mano las herramientas con que cultivaba la tierra, y en la otra los instrumentos de arquitectura de que se servía para construir torres y casas. Cuando se presentó, gritó en voz alta y ruda: ¡ Mortales! en mi veis el poder á que vais á someteros; poder que solamente puede procuraros los goces y satisfacer vuestras necesidades. Haced largo tiempo que vivis consumidos bajo el dominio del

Reposo, divinidad impotente y engañosa, que no puede ayudarnos ni protegeros, sino que os abandona á los primeros ataques del Hambre ó de la Enfermedad, y deja invadir sus dominios al primer enemigo, ó que sean destruidos por cualesquiera accidente.

Despertad, pues, á los llamados del Trabajo. Os enseñaré á fertilizar la esterilidad de la tierra, y á garantiros de la intemperie de las estaciones. Forzaré al verano á que produzca abundantes provisiones para el invierno; obligaré á las aguas á que os den sus peces, el aire sus aves, y los bosques sus animales: os enseñaré á cavar las entrañas de la tierra, y á retirar de las cavernas de los montes los metales que agregarán fuerza á vuestras manos, seguridad á vuestros cuerpos, y con los cuales fabricaréis armas que os liberrarán de los ataques de las bestias feroces, y os servirán para derrocar los robles, dividir las rocas, y hacer á toda la naturaleza tributaria de vuestras necesidades y placeres.

Animados con este pomposo llamamiento, los habitantes del globo consideraron al Trabajo como su único amigo, y se apresuraron á ejecutar sus órdenes. El Trabajo los condujo entonces á los campos y montañas, y les enseñó á cavar las minas, aplanar las montañas, desecar los pantanos, y cambiar el curso de los ríos. En corto tiempo todo mudó de aspecto: la tierra se cubrió de ciudades y aldeas rodeadas de sementeras y de árboles frutales. Por todas partes no se veía más que montones de semillas, canastos de frutos, mesas copiosas y almacenes repletos.

Así los hombres, dóciles á las inspiraciones del Trabajo, agregaban continuamente adquisiciones á sus conquistas precedentes, y poco á poco vieron desaparecer el Hambre de sus dominios; hasta que por último, en medio de sus goces y triunfos se vieron detenidos en sus progresos con la cercanía de la Lasiitud, divinidad que inspiraba desaliento, y cuyos ojos sumidos manifestaban el abatimiento de su corazón. Se acercó temblorosa y exhalando suspiros. Todos los que la escuchaban perdían la energía; sus músculos se relajaban, sus manos temblaban y dejaban caer al suelo los instrumentos de su industria.

Movidos por esta terrible fantasma, los hombres comenzaron á encontrar pesado el yugo que les había impuesto el Trabajo, y á recordar los afortunados días que habían pasado bajo el reinado del reposo, al cual se propusieron consagrar en lo de adelante toda su existencia. El Reposo no había dejado el mundo; pronto lo encontraron, y para expiar el delito de haberlo abandonado,

lo llamaron á que gozase de las adquisiciones que el Trabajo les había procurado.

En consecuencia, el Reposo se apresuró á dejar las cavernas y los valles en que había pasado su existencia, y entró en los palacios, se colocó en alcobas voluptuosas; pasó el invierno recostado en colchones de pluma, y el verano bajo grutas rodeadas de fuentes y cascadas; pero siempre le faltaba alguna cosa para completar su felicidad, y nunca pudo procurar á los arrepentidos desertores la serenidad de que habían gozado antes de sentar plaza bajo las banderas del Trabajo. Ni pudo el Reposo dominar enteramente, porque se vió obligado á dividir su autoridad con el Lujo, á pesar de considerarlo como amigo falso, cuya influencia destrua la suya al paso que parecía promoverla. Los dos socios afeminados reinaron sin embargo por algún tiempo, sin visible apariencia de discordia, hasta que por último el Lujo hizo traición á su empleo, favoreciendo la invasión de la Enfermedad, que comenzó á hacer estragos. Después de una débil resistencia huyó el Reposo abandonando el lugar á los usurpadores, los cuales emplearon toda clase de artificios para sostenerse en el poder y fortificar su interés mutuo.

El Reposo tenía otros enemigos, y si en algunas partes logró escaparse de los ataques de la Enfermedad, en otros vió invadida su residencia por un usurpador más lento y artificioso; porque muchas veces, cuando todo parecía tranquilo, cuando nada turbaba su interior, ni veía en el exterior peligro ninguno que temer; cuando los arbustos y las flores perfumaban su lecho, la Sacidad, con su mirada lánguida, entraba y se tendía sobre el lecho, colocado y adornado para descanso del Reposo. Entonces todo se entristecía; los bosques perdían su verdura, las aves suspendían su gorjeo, los céfiro suspiraban melancólicamente, las flores se ponían mustias y no despedían ningún perfume. Por todas partes no se veía más que locos que vagaban sin saber á dónde iban ni lo que buscaban; no se oía más de quejas causadas por ninguna pena, y murmullos que no provenían de ninguna desgracia.

Desde este momento el Reposo perdió toda su autoridad, y fué visto por sus súbditos con el mayor desprecio. Varios volvieron bajo las banderas del Lujo, que les prometió valerse de sus artificios para desterrar la Sacidad; y otros más prudentes, ó más animosos, recurrieron de nuevo al Trabajo, por el cual fueron realmente protegidos contra la Sacidad; pero pronto cayeron bajo el poder de la Lاسitud, y ésta los condujo por fuerza á los bosques del Reposo.

En esta continua lucha con diversos y poderosos enemigos, el Reposo y el Trabajo conocieron que su reinado nunca podría ser de larga duración, y que no podían contar con la fidelidad de sus súbditos, prontos siempre á desertar en la primera ocasión. El Trabajo veía que se ofrecían al Reposo las riquezas que el había producido, y el Reposo notaba que sus adoradores le dejaban en las circunstancias más críticas, para ir á implorar el socorro del Trabajo. Ambos tuvieron, pues, una conferencia, y convinieron en dividirse el mundo gobernándolo alternativamente. El dominio del día tocó al uno, y el de la noche al otro, y prometieron garantizarse mutuamente de las incursiones de sus enemigos comunes, de modo, que cuando fuesen declaradas las hostilidades, el Trabajo interceptaría á la Sacidad y el Reposo cuidaría de cortar el paso á la Lاسitud. Este afortunado convenio puso fin á las disputas; y como el odio suele á veces convertirse en amor, el Reposo, cambiado de sexo, se casó con el Trabajo, y tuvieron una hija llamada Salud, divinidad benéfica que consolidó la unión de sus padres, y contribuyó á mantener las vicisitudes de su reinado, prodigando sus dones á los que sabían dividir su existencia en justas proporciones entre el Reposo y el Trabajo.

## EL VIAJE DE LA VIDA.

### ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

La vida, dice Séneca, es un viaje en que el hombre cambia continuamente de escenas. De la infancia pasa á la adolescencia, atraviesa la edad madura, y llega por último á la mejor y más agradable parte de la vejez. La lectura de este pasaje me sumergió en una serie de reflexiones sobre la condición del hombre, el continuo flujo de sus deseos, la inestabilidad de sus gustos, y el atolondramiento con que se deja arrastrar por la corriente del tiempo. Me dormí en medio de estas meditaciones, y pronto me aturdió el tumulto de la maniobra, el ruido de la alegría, los gritos del sobresalto, el silbido de los vientos y el choque de las aguas.

El asombro suspendió mi curiosidad; pero pronto recobré mis

sentidos y, encontrándome embarcado, pregunté con inquietud á dónde íbamos, y cuál era la causa de aquel alboroto. Se me contestó que bogábamos á toda vela en el *océano de la vida*; que ya habíamos pasado los estrechos de la infancia, en medio de los cuales habían perecido multitud de viajeros, unos por la debilidad de sus buques, y muchos más por la locura, osadía ó negligencia de los encargados de dirigir la nave; y que actualmente bogábamos en plena mar, abandonados á las olas y los vientos, sin más medios de seguridad que el cuidado del piloto, que nosotros mismos habíamos elegido entre el gran número que nos habían ofrecido su asistencia.

Lleno de espanto dirigí la vista en derredor, y noté detrás de mí un grupo de islas, cubiertas de flores, que llenaban de admiración á todos los viajeros; pero era muy difícil acercarse á ellas, porque á pesar de la tranquilidad aparente del canal, una poderosa corriente arrastraba lejos todas la embarcaciones que procuraban acercarse. Más allá de estas islas todo era obscuridad, y ningún pasajero podía descubrir la costa en que se había embarcado primeramente.

Por delante vi una extensión de aguas agitadas violentamente, cubiertas de una neblina tan espesa, que los ojos más perspicaces apenas podían distinguir á corta distancia. El golfo estaba sembrado de multitud de escollos en que eran precipitados muchos viajeros en el momento en que, llenos de seguridad, desplegaban todas las velas, y se burlaban de la timidez de los que quedaban atrás. Estos escollos eran tan numerosos y profunda la obscuridad, que las precauciones posibles no garantizaban siempre del naufragio; y para colmo de peligros, había pilotos que por falsas ideas del golfo, arrastraban á los que se fiaban en su experiencia, en medio de los remolinos, ó empujaban contra las rocas á los que encontraban en su camino.

La corriente era rápida é insuperable para todos; mas aunque era imposible bogar contra ella, ni volver atrás, no era tan violenta, que quitase toda esperanza de pasarla al valor y la destreza; pues aunque no era dado á ninguno retirarse del peligro, podía no obstante, evitarlo por medio de una dirección oblicua.

Pocos eran sin embargo, los viajeros que navegaban con prudencia, y era tanta en lo general, su infatuación, que se consideraban seguros, aunque viesan á multitud de sus compañeros perecer en los escollos. Apenas habían aquéllos desaparecido bajo las olas, cuando sus faltas y sus desgracias eran olvidadas,

y los viajeros continuaban bogando con alegría y confianza. Cada cual se felicitaba de la solidez de su buqué, y se creía capaz de atravesar los escollos, ó de pasar por encima del remolino en que sus compañeros habían perecido. La vista de los destrozos que atestiguan la multitud de los naufragios, no decidía á los viajeros á cambiar de rumbo: si por un momento se desviaban un poco, se entregaban pronto sin temor á merced de la suerte.

Este descuido no nacia de indiferencia, ni de cansancio de su condición presente, porque ninguno de los que habían corrido sobre los peligros, dejaba de pedir en alta voz á sus asociados un socorro que no podían darle, y muchos de los desgraciados pasaban sus últimos momentos predicando á sus amigos que evitasen los peligros que ellos habían encontrado en la travesía. Algunas veces era vista su benevolencia con agradecimiento, pero sus amonestaciones eran olvidadas.

Los buques mejor contruidos no podían resistir la agitación de la corriente de la vida, y diariamente disminuía su solidez, de modo que cada pasajero estaba cierto de que cualquiera que fuese su destreza y fortuna, debía tarde ó temprano irse á fondo sin remedio.

Podía haberse esperado que esta necesidad de perecer, hubiese entristicado á los alegres, é intimidado á los atrevidos, ó por lo menos atormentado á los medrosos y privádoles de gozar; pero no: mientras más se acercaban al término fatal, más seguros se creían. Todos trataban de hacerse ilusión, y cuando no podían soportar los terrores que á pesar de sus esfuerzos, molestaban su imaginación, desviaban la vista, solicitaban algunas distracciones, y halagaban á la Esperanza, que era su constante compañera en el viaje de la vida. Mas todo lo que la Esperanza se atrevía á prometer, aun á sus más predilectos favoritos, era, no que escaparían, sino que se irían á fondo lo más tarde posible, con cuya promesa cada uno quedaba satisfecho, aunque riendo de los que le prestaban creencia. Cierta es que la Esperanza se burlaba de la credulidad de estos insensatos viajeros, porque á medida que sus buques se debilitaban, redoblaba su seguridad de salvación; y ninguno se hallaba más ocupado en hacer provisiones para un largo viaje, que los que á vista de todo el mundo, tocaban al término de su destrucción.

En medio de la corriente de la vida se hallaba el golfo de la Intemperancia, horroroso remolino sembrado de rocas puntiguadas ocultas en el agua, y cuyas cimas se hallaban cubiertas de



hierba, en que la Indolencia había extendido lechos de reposo, y la voluptuosidad entonaba canciones seductoras. Todos los que navegaban por el océano de la vida, tenían necesariamente que pasar á vista de estas rocas. La Razón, es verdad, ofrecía siempre conducir á los navegantes por en medio de una estrecha salida por la cual podían escapar; pero á pesar de sus amonestaciones, rara vez lograba persuadirlos que se abandonasen á su dirección, sin estipular que ella se acercaría tanto como posible, á las rocas de la Voluptuosidad, para que, cuando menos, tuviesen el placer de gozar algo de aquella deliciosa región, después de lo cual estaban determinados á proseguir su curso sin volverse á descarrilar.

Vencida de este modo, por las importunidades de los viajeros encomendados á su cuidado, la Razón comecía con frecuencia la debilidad de conducirlos á las orillas del remolino del golfo de la Intemperancia, en donde el movimiento circular era ciertamente débil, pero interrumpía el curso del buque, é insensiblemente lo atraía hacia el centro. Entonces se arrepentía ella de su temeridad, y con todas sus fuerzas procuraba retirarse; pero la corriente era por lo regular muy poderosa para superarla, y los pasajeros, después de dar algunas vueltas, como ruedas de molino, eran por último sumergidos sin remedio. Los pocos que la Razón lograba salvar, se resentían cruelmente de los choques que habían sufrido contra las rocas, y viéndose imposibilitados de proseguir su curso con la misma facilidad de antes, bogaban lentamente; la más ligera brisa los ponía en peligro, hasta que después de largos sufrimientos y multitud de expedientes, se iban gradualmente á fondo, arrepentidos de su locura, y predicando á sus compañeros que evitasen acercarse al golfo de la Intemperancia.

Había algunos artistas que se decían bastante hábiles para reparar las averías de los buques que habían topado contra las rocas. Muchos tenían suma confianza en la experiencia de estos doctores, y algunos, que sólo habían recibido un solo golpe, eran ciertamente preservados por ellos; pero noté que duraban muy poco los buques que habían recibido muchas reparaciones, y que los mismos artistas, á pesar de su ciencia, no duraban más tiempo que los infelices á quienes prestaban sus auxilios.

La única ventaja que, en el viaje de la vida, tenía el prudente sobre el atolondrado, era que se iba á fondo más tarde y con mayor velocidad. El prudente bogaba tranquilo y veía sucesivamente desaparecer á los que habían pasado en compañía suya los

estrechos de la infancia, y al último era derrocado por una brisa suave, sin el afán de la resistencia, ni las agonias de la incertidumbre; á la vez que los que habían dado contra las rocas de la Voluptuosidad, se consumían por grados, luchaban largamente con la marea montante y se fatigaban con los trabajos que ni la misma Esperanza prometía disminuir.

Cuando me ocupaba yo en considerar la suerte que corrían los viajeros que me rodeaban, me vi repentinamente alarmado con la voz de un poder desconocido que gritó á mi oído: « No veas ociosamente á los otros, cuando tú mismo estás cerca de irte á fondo; ¿ De dónde viene tu irreflexiva tranquilidad, cuando tú y ellos corren el mismo peligro? » Dirigí la vista en derredor, y viendo cercano el golfo de la Intemperancia, me estremecí y desperté.

#### REFLEXIONES SOBRE LAS NOVELAS.

NECESIDAD DE QUE EL CARÁCTER DE LOS PERSONAJES SEA MORALMENTE BUENO.

(Versión del inglés de Johnson.)

Las historias fabulosas con que parece deleitarse más particularmente la generación actual, son aquellas que representan la vida en su verdadero estado, diversificada sólo por los accidentes que ocurren todos los días en el mundo, y sujeta al influjo de las pasiones y de las cualidades que realmente se encuentran conversando con los hombres.

Esta especie de escritura puede sin impropiedad llamarse la comedia de la ficción, y casi debe ser conducida por las mismas reglas que la poesía cómica. Es de su incumbencia producir acontecimientos naturales por medios fáciles, y despertar la curiosidad sin valerse de portentos; por lo tanto, debe excluir las máquinas y los expedientes de la fábula heroica; y ni puede emplear gigantes que arrebatan á una novia en la ceremonia de su boda, ni que la liberten de su cautiverio; no le es dado descarrilar á los personajes en desiertos, ni alojarlos en castillos imaginarios.

Recuerdo que Escaliger, hablando de Pontano, dice, que todos sus escritos están llenos de las mismas imágenes, y que si se su-

primen sus azucenas y sus rosas, sus sátiros y sus driadas, no quedará nada que pueda llamarse poesía. Del mismo modo todas las novelas de los siglos anteriores al décimotercero, se desvanecerán si se les priva de un ermitaño y un bosque, de una batalla y un naufragio.

No es fácil concebir cómo esta disparatada vena de imaginación, pudo agradar tanto tiempo en siglos no desprovistos de gusto ni de ciencia; pero no debe maravillarnos que los noveladores multiplicasen sus cuentos mientras pudieron procurarse quienes los leyesen; porque cuando la práctica ha dado á un hombre alguna facilidad para escribir, no necesita más que encerrarse en su retrete, dar vuelo á su imaginación, y encender su alma con increíbles ideas; de este modo se componía un libro sin temer la crítica, sin el trabajo de estudiar, sin conocimiento de la naturaleza ni las costumbres de la sociedad.

La faena de los escritos del día es muy diversa, porque además de los conocimientos, hijos de la lectura, se requiere aquella experiencia que nunca se alcanza aplicándose en la soledad, sino mezclándose en la conversación general, y observando cuidadosamente á los hombres. Sus escritos tienen, como dice Horacio, *plus oneris, quanto venis minus*; son tanto más difíciles, cuanto que sus jueces son menos indulgentes. Los noveladores se ven obligados á hacer retratos, cuyo original es conocido de todo el mundo, y no pueden desviarse de la semejanza sin que se note inmediatamente. Otra clase de obras sólo tienen que temer la censura de los sabios; pero las novelas corren riesgo con todo lector vulgar; como la chinela mal pintada que criticó un zapatero, al ver casualmente el cuadro de la Venus de Apelo.

Pero el temor de no ser tenido por buen retratista de las costumbres, no es lo que más debe inquietar á un autor de esta especie. Tales libros se escriben principalmente para los jóvenes; los ignorantes y los ociosos, quienes derivan de su lectura reglas para conducirse en el mundo; sirven de diversión á las almas vacías de ideas, y por lo mismo muy susceptibles de impresiones; sin principios fijos, y por lo tanto fáciles de seguir la corriente de la imaginación; no aleccionadas por la experiencia y consecuentemente abiertas á cualquiera falsa sugestión, ó narrativa parcial.

El buen sentido y la virtud arrancaron de un antiguo escritor, no muy afamado por sus pensamientos castos, la máxima de que los jóvenes *deben ser altamente reverenciados*, y que nadie debe permitir que oigan ni vean nada de indecente. La misma pre-

caución se requiere, aunque las consecuencias sean menos graves, en todo lo que se les presenta, á fin de libertarlos de preocupaciones perversas, de juicios falsos, y de una desproporcionada combinación de imágenes.

En las novelas antiguas, los crímenes y las virtudes excedían las proporciones de la vida; las transacciones y los sentimientos se alejaban tanto de lo que realmente pasa entre los hombres, que el lector corría muy poco peligro de hacer aplicaciones para sí; se divertía con héroes y con alevosos, con libertadores y con pretendientes, como seres de distinta especie, cuyas acciones eran dirigidas por su propia fantasía, y cuyos defectos ó prendas no tenían nada de común con él mismo.

Pero cuando un héroe de novela es igualado con el resto del mundo, y obra en aquellas escenas del drama universal que pueden caber en suerte á cualquiera hombre, los jóvenes espectadores fijan la vista en él con la mayor atención, y observando su manejo y el resultado de sus acciones, se prometen tomarlo por modelo cuando se hallaren en iguales circunstancias.

Por tal razón estas historias familiares pueden ser quizá más útiles que las graves sentencias de moral, y transmitir el conocimiento del vicio y de la virtud con más eficacia que los axiomas y las definiciones. Pero si el poder del ejemplo es tan grande que se apodera de la memoria por una especie de violencia, y produce efectos casi sin intervención de la voluntad, debe tenerse cuidado, ya que la elección es ilimitada, de no presentar sino los mejores ejemplos, y hacer de modo que lo que verisimilmente tiene que obrar con fuerza, no sea perjudicial ni dudoso en sus efectos.

La principal ventaja de estas ficciones sobre los actos efectivos es, que los autores no tienen libertad de inventar, pero sí de elegir objetos, y entresacar de la masa del género humano aquellos individuos que deben cautivar mayormente la atención, como un diamante que, aunque no puede ser hecho, puede ser pulido por el arte, y engastado de modo que despida aquel brillo que antes se hallaba sepultado entre piedras comunes.

La imitación de la naturaleza es considerada justamente como una de las mayores perfecciones del arte; pero es necesario distinguir aquellas partes de la naturaleza, más propias de ser imitadas. Mayor cuidado se requiere aún para representar la vida humana, la cual es muy á menudo descolorida por la pasión ó desfigurada por la maldad. Si el mundo es descrito indistinta-

mente, si los vicios han de aparecer desnudos, no veo yo de qué utilidad podrá ser la lectura de sus escenas, ó por qué sería menos seguro dirigir inmediatamente la vista sobre la especie humana, como sobre un espejo que repite sin distinción cuanto se le pone delante.

No es suficiente alegar que los caracteres se hallan pintados tales cuales son en realidad, porque hay muchos que nunca deben copiarse; ni justificación válida decir de una historia, que el curso de los acontecimientos es conforme con la observación y la experiencia, porque se hallará que aquella observación que se llama conocimiento del mundo, produce por lo común más hombres disimulados que buenos. Seguramente que el objeto de estos escritos no es sólo dar á conocer los hombres, sino también prepararlos, para que ellos mismos sean vistos con menos peligro; enseñar los medios de evitar los lazos que la *Traición* tiende á la *Inocencia*, sin infundir el deseo de conseguir triunfos que sólo pueden ser gratos á las almas perversas; poner á un hombre en estado de garantizarse del fraude sin tentación de practicarlo; iniciar á la juventud por medio de combates simulados en el arte de defenderse, y aumentar la prudencia, sin alterar la virtud (a).

Muchos autores con tal de seguir la naturaleza, mezclan tanto las buenas con las malas cualidades en sus principales personajes, que unas y otras son igualmente visibles; y como seguimos con placer el hilo de sus aventuras, y somos llevados gradualmente á interesarnos en su favor, perdemos el horror á sus vicios, porque no se oponen á nuestro deleite, ó quizá los miramos con indulgencia, por ir acompañados de tanto mérito.

Ha habido ciertamente hombre de esclarecida maldad, cuyas buenas cualidades arrojan brillo sobre sus crímenes, y que no pueden ser enteramente detestados porque siempre se recuerdan

(a) El año de 1750 en que publicó el autor estas reflexiones, leían sus compatriotas con el mayor entusiasmo, y se vertía é imprimía en diversas capitales del continente europeo, la famosa novela de Richardson titulada *Clarisa Harlowe*, nombre de la víctima del disoluto *Lovelace*. No habrá hombre juicioso que no deplore que las prendas personales y adquiridas de aquel desalmado personaje, comuniquen á sus maldades y á sus infames vicios cierto atractivo muy peligroso para los jóvenes vanos que, faltos de experiencia, propenden siempre á imitar lo que lisonjea el orgullo de sus ligeros corazones. Examinando bien lo que expone el autor, se creería que su intento fué criticar dicha novela, en que probablemente veía algunos de los riesgos é inconvenientes de que va hablando.

sus buenas prendas; pero tales han sido en todo tiempo los grandes corruptores del mundo, y su modelo no debe ser más preservado que el arte de asesinar sin dolor.

Algunos han avanzado, sin debida atención á las consecuencias de tal principio, que ciertas virtudes tienen sus faltas correspondientes, y que por consecuencia, exponer las unas sin las otras, es desviarse de la probabilidad. De este modo ha dicho Swift que *los hombres agradecidos son en igual grado susceptibles de resentimiento*. Este principio, con otros de la misma especie, supone que el hombre obra por un impulso brutal, y que tiene que obedecer á cierto grado de inclinación, sin elegir el objeto. Aun cuando se concediese que la gratitud y el resentimiento nacen de la misma esencia de las pasiones, no se sigue de aquí que el hombre, cuando consulta la razón, deba satisfacer igualmente ambos sentimientos; empero, á menos que no se admita esta última consecuencia, aquella máxima sagaz, viene á reducirse á un eco vacío, sin relación con la práctica de la vida.

Tampoco es evidente que los primeros impulsos que originan aquellos sentimientos, sean siempre en la misma proporción, porque el orgullo que produce el vivo resentimiento, sofocará la gratitud por ser penoso admitir aquella inferioridad que supone una obligación; y es natural que el que no cree recibir un favor, no quiera reconocerlo ó recompensarlo.

Importa mucho al género humano que los asertos de tal tendencia sean expuestos y confutados; porque mientras los hombres creyeren que el bien y el mal brotan de la misma fuente, perdonarán el uno en favor del otro; y al juzgar, si no del prójimo á lo menos de sí mismos, estimarán sus virtudes en proporción á sus vicios. Todos lo que confundieren los colores de lo justo y de lo injusto, contribuirán á tan fatales errores, y en vez de marcar sus límites, los mezclarán con tal arte, que ninguna alma vulgar será capaz de distinguirlos.

En ficciones que no reclaman la veracidad de la historia, no descubro qué es lo que se opone á dar la más perfecta idea de la virtud; no de una virtud angelical ni fuera de verisimilitud, porque nunca imitemos lo que parece imposible, sino la más elevada y la más pura que puede alcanzar la humanidad, virtud que ejerciéndose en los ensayos á que la exponen las diversas vicisitudes de las cosas, pueda, superando algunas calamidades y sufriendo otras, enseñarnos lo que debemos esperar, y de lo que somos capaces; que el vicio, porque el vicio es fuerza mostrarlo,

pueda siempre disgustar, procurando que ni las gracias de la *alegría*, ni la dignidad del valor, se unan á él, hasta el punto de reconciliar el alma en su favor: que siempre que aparezca excite el odio por su perverso manejo, y el desprecio por la baja de sus estratagemas: porque mientras se hallare protegido por las prendas ó el valor, rara vez será cordialmente detestado. El déspota romano se contentó con ser odiado, con tal de ser temido; y hay mil lectores de novelas, que consentirán en pasar por perversos, con tal de ser considerados como capaces. Por lo tanto, debe inculcarse constantemente que la virtud es la más alta prueba de talento, y la única sólida base de la grandeza; y que el vicio es la consecuencia natural de almas necias: su principio es el error, y su fin la ignominia.

#### ALEGORÍA SOBRE LA CRÍTICA.

(Versión del inglés de Johnson.)

La ocupación de un autor es, ó enseñar lo que se ignora, ó recomendar verdades conocidas; ó bien arrojar más luz en el alma, y abrir nuevas escenas á la perspectiva, ó variar los trajes y situación de los objetos, comunicándoles nueva gracia y mayor atractivo; esparcir flores por el sendero que debe atravesar el entendimiento, de modo que éste quede convidado á recorrerlo de nuevo, y examinar por segunda vez las cosas que sólo vió de paso y descuidadamente.

Muy difícil es cualquiera de estos trabajos, porque para que no sean infructuosos, no sólo se requiere que los hombres se persuadan de sus errores, sino que se reconcilien con su guía; se necesita no sólo que confiesen su ignorancia, sino, lo que es aún menos grato, que convengan en que aquel de quien deben aprender sabe más que ellos.

El empleo de escritor moralista es tan molesto y aventurado, que no sería fácil creer que la perversidad humana llegase hasta el punto de entretenerse en agregar peso á la piedra de Sísifo, y que se opusiese á los progresos de una reputación que sólo se adquiere á costa de tiempo y trabajo, con tan gran riesgo de que se frustré la empresa y tan poco provecho si se logra.

Hay sin embargo, cierta raza de hombres, que toman por deber

ó por diversión, impedir que se acoja todo producto de la Literatura ó del Genio; que están como centinelas en las avenidas de la Fama, y que tienen por meritorio dar á la Ignorancia y á la Envidia los primeros avisos de una presa.

Un autor nuevo debe tratar de recomendarse cerca de unos hombres que se distinguen ellos mismos, aplicándose la denominación de críticos. No es difícil que los más malignos de estos perseguidores se aplaquen un tanto, y se decidan á templar su furia por corto tiempo. Habiendo considerado con tal fin muchos expedientes, he hallado en las memorias de los tiempos antiguos, que Argos fué adormecido con la música, y Cerbero apaciguado con una sopa; por lo tanto, me inclino á creer, que los críticos modernos, (que si carecen de ojos, tienen la vigilancia de Argos, y pueden ladrar tan recio como Cerbero, aunque quizá no pueden morder con igual fuerza), podrían ser contenidos con medios de la misma especie. Yo sé de algunos que se han sosegado con elarete y una cena, y otros adormecido con los suaves acentos de la música.

La Crítica, de la que ellos derivan la pretensión de decidir de la suerte de los escritores, fué hija primogénita del Trabajo y de la Verdad: luego que vió la luz, quedó encomendada á la Justicia, y ésta la educó en el palacio de la Sabiduría. Los dioses, habiendo reconocido pronto sus raras cualidades, la nombraron gobernadora de la Imagen, y le encargaron que llevase el compás en los conciertos que las Musas entonaban ante el trono de Júpiter.

Cuando las Musas consintieron en visitar este bajo mundo, vinieron acompañadas de la Crítica; y antes que ésta dejase el empuje, la Justicia le entregó un cetro para que lo llevase elevado en su mano derecha: un extremo de este cetro se hallaba circuido de ambrosía, y adornado con un áureo follaje de laurel y de amaranto; el otro extremo había sido empapado en las aguas del Olvido, y estaba rodeado de adormideras y de hojas de ciprés. En su mano izquierda llevaba una antorcha inextinguible, hecha por el Trabajo, iluminada por la Verdad, y gratificada con el don singular de mostrar luego las cosas bajo su verdadera forma, no obstante los disfraces con que aparecen á los ojos del vulgo. Todo lo que el arte puede complicar ó la locura confundir, aparecía al primer resplandor de la Verdad, distintamente, y en su primitiva simplicidad. Su luz penetraba los laberintos del Sofisma, y descubría los absurdos que le servían de refugio; traspasaba los trajes

que la Retórica acostumbra vender á la Falsedad, y revelaba la desigualdad de las partes cubiertas ideadamente con velos artificiales.

Provista de esta manera para desempeñar sus funciones, la Crítica bajó á examinar las obras de los que se declaraban votarios de las Musas. Todo lo que era traído á su presencia lo veía á la luz de la antorcha de la Verdad; y cuando su examen la convencía de que habían sido observadas con exactitud las reglas del gusto, tocaba la obra con el extremo del cetro rodeado de amarantho, y la consignaba á la Inmortalidad.

Pero acontecía con mayor frecuencia que en las obras que requerían su examen, se había empleado algún fraude ó se habían hecho diligentes esfuerzos para disfrazarlo con falsos colores; que entre las palabras y los sentimientos, se encontraba una secreta desigualdad, ó entre las ideas y los objetos originales alguna semejanza; que las incongruencias se encadenaban entre sí, ó que algunas partes sólo servían para realzar la apariencia del todo, sin contribuir á su belleza, su solidez, ó su utilidad.

Todas las veces que se hacían tales descubrimientos, y eran hechos siempre que se cometían dichas faltas, la Crítica rehusaba el toque que confería la sanción de la Inmortalidad; y cuando estos errores eran frecuentes y groseros, trastrocaba el cetro y dejaba caer algunas gotas de las adormideras y ciprés, fatal rocío que al punto comenzaba á talar la obra, hasta destruirla completamente.

Había algunas composiciones traídas al ensayo, que al arrojar sobre ellas la luz más fuerte, se confundían de tal modo sus bellezas ó imperfecciones, que la Crítica permanecía con el cetro en equilibrio, dudando si destilaría gotas de letargo ó de ambrosia sobre ellas. Al último subieron estas obras á tal número, que cansada la Crítica de esperar tan dudosas pretensiones, y temiéndole usar impropriadamente el cetro de la Justicia, remitió la causa para que la considerase el Tiempo.

Los fallos del Tiempo, aunque muy dilatorios, eran, salvo unos cuantos caprichos, conformes á la Justicia; y muchos autores que dentro de cortos plazos se creían seguros, han caído bajo la fatal guadaña, cuando navegaban viento en popa llevando en triunfo sus volúmenes á la posteridad. Se notó que algunos escritos se destruían poco á poco, y otros perecían inmediatamente.

La Crítica, habiéndole fijado suficientemente la vista en el Tiempo, se sintió al fin tan satisfecha de la conducta de éste, que se retiró

de la tierra con su patrona Astrea, y dejó que la Preocupación y el Falso Gusto, con sus asociados el Fraude y la Maldad asolasen ilimitadamente, contentándose en lo adelante con derramar desde lejos su influjo sobre algunas almas que lo merecen por su virtud y su saber.

Antes de partir, la Crítica quebró su cetro, y la Lisonja alzó las astillas del extremo balsamado con ambrosia; las del otro extremo, infectas con las aguas del Leteo, fueron recogidas con igual presteza por la Malevolencia. Los secuaces de la Lisonja, á quienes ésta distribuyó su porción de cetro, no conocen ni apelecan la luz, sino que tocan indistintamente todo lo que el Poder ó el Interés les presentan. Los compañeros de la Malevolencia recibieron de las Furias una tea que tiene esta cualidad común con la luz infernal, que sólo alumbrá las faltas.

Con estos fragmentos de autoridad, los esclavos de la Lisonja y de la Malevolencia, marcharon al mando de sus amas para conferir la inmortalidad, ó condenar al olvido; pero el cetro ha perdido su virtud, y el Tiempo pronuncia tranquilamente su sentencia, sin hacer caso de lo que les place determinar.

## EL INGENIO Y LA CIENCIA.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

El Ingenio y la Ciencia fueron hijos de Apolo, pero de diferentes madres. El primero nació de Eufrosina, y heredó la vivacidad y alegría de su madre; la segunda nació de Sofía; y como ésta, era seria y precavida. Siendo rivales las dos madres, educaron á sus hijos en perpetua oposición, y trataron de infundirles un mutuo odio y su desprecio. Apolo, previendo las malas consecuencias de esta discordia, procuró calmar á sus dos hijos, dividiendo igualmente entre ellos su atención, pero sin efecto: la animosidad maternal se hallaba profundamente arraigada en sus corazones, por haberla mamado con sus primeras ideas, y fué después confirmada por las nuevas oportunidades de ponerla en obra. Apenas se vieron ambos en edad de ser recibidos en las habitaciones de los dioses, cuando el Ingenio comenzó á divertirse